



A woman with dark hair and pink lipstick is looking out from a train window. The window is framed by a red and gold striped curtain with a crown motif. The background is dark and out of focus.

MAHARAJAS EXPRESS

EL TREN MÁS LUJOSO DEL MUNDO

UN VIAJE ÚNICO POR LA INDIA. VENERADOS COMO REYES, LOS MAHARAJÁS SEMBRARON EL ESTADO DE RAJASTÁN DE MONUMENTALIDAD. SIGUIENDO SU RASTRO EN UNO DE LOS TRENE MÁS CAROS DEL MUNDO, EN LA SEMANA A BORDO IRÁN AFLORANDO PALACIOS Y FUERTES PRINCIPESCOS, BAZARES Y HASTA TIGRES.

TEXTO: ELENA DEL AMO FOTOGRAFÍA: LUIS DAVILLA

El Maharajas Express transporta a un máximo de 88 pasajeros por los antiguos reinos principescos de Rajastán.



El Safari Bar del tren, especializado en cócteles.

La friolera de 25 millones de usuarios al día, más de 8.000 estaciones y de 70.000 kilómetros de vías; lo que, arriba o abajo, vendría a suponer casi dos vueltas a la Tierra siguiendo la línea del Ecuador. Semejantes cifras para el *Guinness de los Récords* se gasta la compañía ferroviaria de la India. A ella pertenecen, aunque en el extremo opuesto a esos vagones hacinados que provocan tanto espanto como sed de aventura cuando se ven en los documentales, joyas de la corona como el Palace on Wheels, el Deccan Odyssey y, entre otro par de tren-hoteles de lujo, el más prohibitivo de todos: el Maharajas Express, reconocido por los World Travel Awards como el más lujoso del planeta. Sus itinerarios introducen con vaselina en los antiguos reinos principescos del Estado de Rajastán a un máximo de 88 pasajeros de cualquier rincón del planeta. Todos, eso sí, con el riñón bien cubierto.

Uno tras otro, los afortunados a punto de embarcarse en su ruta *The Heritage of India* irán asomando a la hora acordada por el hotel Taj Mahal Palace de Bombay. Tras saldar varias formalidades en uno de sus salones de gala y disfrutar un aperitivo mientras les van presentando a la tripulación, el viaje arranca por la tarde en la monumental estación que la urbe más gigante del subcontinente estrenó en 1887, justo el año en que se celebraba el medio siglo de gobierno de la reina Victoria. En tan certero punto de partida para este recorrido en el tiempo, y ante el pasmo de la muchedumbre que va y viene por los andenes, la banda de música de la Policía, literalmente a bombo y platillo, escolta al pasaje hasta esta extravagancia sobre raíles.

EL MAHARAJAS
EXPRESS SUMA
CATORCE VAGONES. LA
SUITE PRESIDENCIAL
OCUPA UNO ENTERO

A su vera, con las palmas de las manos unidas bajo la barbilla y envueltos en sus turbantes y sus uniformes de *Las mil y una noches*, les recibe una hilera de camareros, cocineros y mayordomos como Raju, Bansi o Surrender, encargados cada uno de atender un único vagón. Mientras estos ayudan a los recién llegados a instalarse en la que será su habitación durante la semana siguiente, seguro les indicarán que el Maharajas suma catorce coches para alojar a sus huéspedes, cada uno bautizado con el nombre de una piedra preciosa. Sin embargo, es probable que obvien elegantemente que también en el rey de los trenes hay clases y clases. Porque si la mayoría de sus vagones se dividen en cuatro camarotes Deluxe, la descomunal suite presidencial abarca uno entero y sus ocupantes –al igual que los de las demás suites–, en vez de visitas en grupo por los alicientes de la ruta, las harán rigurosamente en privado. En cualquier caso, el servicio a bordo es de primera y, aquí sí, para todos por igual:



Una de las suites del tren.



Cena en el restaurante del tren Mayur Mahal.



El servicio de cada vagón es supervisado por un mayordomo a su cargo.

el mimo con el que cuidan cada detalle desde Hemant Kumar, el *manager*, hasta el último de los 55 tripulantes a sus órdenes; las golosinas que por arte de magia aparecen en el compartimento antes de dormir o los masajes en su cabina rodante a la vuelta de las excursiones; los cócteles que prepara el elegantísimo Anil en el Safari Bar mientras el tren avanza hacia su próximo destino, o, de pecado, la gastronomía. Esta, como el propio expreso, recrea la desmesura de aquellos reyes entre reyes que fueron los maharajás.

COCINA EN MOVIMIENTO

Dispuesta en vajillas de Limoges, John Stone, el chef, presume cada velada de la cocina de una región distinta del país. Aunque este carismático personaje presume más todavía de que todo cuanto se sirve ha sido elaborado por su equipo en su cocina en movimiento, ya sean los cruasán del desayuno o las pastas de la hora del té, los bombones que los viajeros se encontrarán en la mesilla antes de acostarse o el helado de azafrán con

★ LA HERENCIA RAJPUT EN RAJASTÁN

Hasta la proclamación de la Independencia de la India, en 1947, el actual Estado de Rajastán se componía de cerca de dos docenas de Estados principescos gobernados cada uno por su maharajá. Su



opulencia, que alcanzó límites casi cómicos en tiempos de los británicos, sembró sus geografías de fuertes en las montañas, bazares para el comercio y palacios de *Las mil y una noches*, muchos convertidos hoy en hoteles de lujo o museos. Toda esta región del noroeste del país se llamaba anteriormente Rajputana, la tierra de los clanes guerreros rajput, cuyas tradiciones y sentido del honor siguen muy presentes en la sociedad.

Aunque se hayan perdido los significados de los coloridos turbantes que lucen tantos de sus hombres, sus descomunales mostachos representan como antaño la virilidad y el valor, y hasta las más humildes de sus mujeres se envuelven en sus brazaletes y sus saris de princesa sin necesidad de que sea día de fiesta. Porque si de algo anda sobrado Rajastán es de color y de festivales. A pesar de la monumentalidad de ciudades como Jaipur, Jodhpur o Udaipur, el mejor espectáculo será siempre la calle.



Sonoro recibimiento a los pasajeros en la estación de Jaipur.





Cena entre las dunas en la antigua ciudad caravanera de Bikaner.

el que refrescar el paladar tras una cena de infinidad de platillos de curris. Y como eje vertebrador de tanto exceso, el recorrido por esta tierra de tradiciones empecinadamente arraigadas y colores vibrantes que los maharajás manejaron como un cortijo: el Estado de Rajastán, en palabras del escritor Javier Moro, *“la Andalucía de la India”*, aquí en su versión más opulenta.

PASAJE A LA INDIA

Casi sin excepción, entre traqueteos que al menos los primeros días no hace fácil pegar ojo, el tren se pone en marcha al atardecer para aterrizar de mañana en un nuevo lugar por descubrir. Mientras del otro lado de sus ventanales el paisaje se vuelve cada vez más desértico, por sus dos coches-restaurantes desfilará la cena; luego las copas y los encuentros en los sofás del Raja Club, y, tras una nueva noche en sus cabinas, otro desayuno digno de un rey. Y cuando la megafonía anuncia que ya están listos para desembarcar,

una jornada tras otra se repite el mismo espectáculo por cada estación: a pie de vía, al final de la consabida hilera de tripulantes despidiendo a los viajeros, una charanga de músicos y bailarines les da la bienvenida con el más chirriante folklore local. Terminadas sus fanfarrias de flautines y pétalos de flores, los guías contratados por el Maharajas toman las riendas para desvelar a sus huéspedes lo más succulento de cada localidad.

Tras haber visto difuminarse los infinitos arrabales de Bombay la noche anterior, el primer bocado de esta singladura a todo tren será la treintena de cuevas de Ajanta, con sus espléndidos santuarios budistas excavados en las montañas, antes de poner rumbo hacia los palacios posados sobre los lagos que, ya en Udaipur,

presidirán el día siguiente. Más adelante, desde un adrenalínico recorrido en tuk tuk por los bazares de Jodhpur hasta, en pleno desierto del Thar, la antaño ciudad caravanera Bikaner, a cuyas afueras les tienen reservada una cena entre las dunas a la que se llega en carretas tiradas por camellos. Sobre las alfombras entre la arena, animando la fiesta, más músicos con el porte presumido de un rey gitano y más bailarinas, en sus saris de princesa, girando al son de las percusiones y las gaitas a medida que el Sol se esconde por este escenario de fantasía para exclusivo disfrute de los comensales. Le seguirá Jaipur, la capital de Rajastán, engalanada con más palacios y templos, el vecino fuerte de Amber, hasta el que algunos ascienden a lomos de elefante, o el observatorio astronómico que se mandó construir el maharajá Jai Singh II cuando, a principios del XVIII, fundó esta villa que, siglo y pico más tarde, pasaría a conocerse como *La Ciudad Rosa*: ante la inminente visita del príncipe de Gales,

**EL PASAJE DISFRUTA
DE UN SAFARI EN
BUSCA DE TIGRES POR
EL PARQUE NACIONAL
DE RANTHAMBORE**



Aperitivo con elefantes en unos jardines para eventos en Jaipur.

el maharajá de turno ordenó pintar sus barrios de este color, símbolo aquí de la hospitalidad, y hoy sigue siendo obligatorio so pena de multa. Aquí y allá tampoco faltarán banquetes en mansiones no siempre abiertas al público, ya que otro de los alicientes del Maharajas es colar a su pasaje por lugares en ocasiones vetados al común de los mortales, amén de platos fuertes como un safari en busca de tigres por el Parque Nacional de Ranthambore o, antes de terminar la travesía en Delhi, un desayuno con champán sobre unos jardines plantados ante el mismísimo Taj Mahal.

LA CAÍDA DE UN IMPERIO

Con semejante guinda, el tren ultima otro de sus viajes inspirados en los príncipes más excéntricos de la Tierra, capaces de despilfarrar a manos llenas mientras su pueblo sobrevivía de los despojos. Incluso en tiempos de los británicos, cuando los maharajás habían perdido su soberanía en favor de su graciosa majestad, se embar-

★ ALTA COCINA SOBRE RAÍLES

Conseguir un mango en la India no se diría misión imposible, pero sí cuando lo pide un cliente en diciembre, totalmente fuera de temporada. *"Llegó del Caribe y costó 3.000 rupias (40 €), pero pocos días después de saber del capricho de nuestro huésped se lo pudimos servir"*. A John Stone, el chef del Maharajas Express, le chisporrotean los ojos al enumerar los desafíos de procurar un servicio de primera dentro de un tren que, además, discurre a tramos por el desierto. Y se le escapa una carcajada al recordar cómo, en su primera temporada, toda una cena se les vino al suelo por culpa de un cambio de vías con más inclinación de lo habitual. Después de nueve años al frente de sus fogones, se asegura de tenerlo todo atado y bien atado. ¡Literalmente! *"La logística aquí es la clave"*, afirma este carismático cocinero de la zona de los Himalaya, curtido en los hoteles de Sheraton, el *catering* de Lufthansa y los cruceros de Celebrity, al que solo faltaba trabajar en un tren. Durante los recorridos del Maharajas se abastece de productos orgánicos en Jaipur y Udaipur, y absolutamente todo cuanto despachan en el restaurante se elabora en el vagón-cocina. Aunque los 88 pasajeros del expreso siempre pueden optar por un plato occidental, su equipo, de nueve cocineros y cinco ayudantes, prepara cada noche un menú de una región distinta de la India. Su favorito, el thali del Punjab o el guiso con langosta de la última cena.





Los cristales del tren no permiten ver su interior desde fuera, pero sus ocupantes sí pueden observar sin ser vistos.

caron en una especie de competición a ver cuál epataba más y mejor a las nuevas autoridades. Fueron sonadas las recepciones para las que engastaban de joyas los colmillos de los elefantes, sus flotas de Rolls-Royce y descapotables de oro y plata, o los viajes por Europa donde, del brazo de sus bellas marajanís, se codeaban con la flor y nata. Pero ninguna fiesta dura para siempre y la suya se les agió en la pasada década de los 70. Indira Gandhi, años después de la Independencia de la India, liquidó sus últimos privilegios y, tras abolir sus títulos nobiliarios, les obligó a pagar impuestos por tanta propiedad como atesoraban. Aunque sigue habiendo maharajás, y algunos muy bien situados, ya no ostentan poder alguno y muchos, para llegar a fin de mes, hace lo suyo que se vieron obligados a reconvertir sus residencias en hoteles de lujo.

El regusto colonial de esta semana a bordo es, pues, pura quimera; un atisbo de lo que podría haber sido viajar en aquellos

días de pompa y circunstancia. La India real, con su gloria y sus miserias, discurre del otro lado de los ventanales panorámicos del Maharajas, donde el legado de estos príncipes delirantes no es ni por asomo capaz de camuflar la pobreza que convive con tanto palacio, tanto monumento y tanto arte. Inevitable sentirse un niño mimado cuando el expreso avanza paralelo a esos vagones hacinados en los que ni siquiera hay asientos para el caudal de humanidad que los abarrota. Y hasta un *voyeur*, pues de día los cristales del tren no permiten ver su interior desde fuera, pero sus ocupantes sí pueden observar sin ser vistos a las desarraigadas familias cargadas de maletas que aguardan en las estaciones, el aseo matutino de quienes viven junto a las vías

o el vaivén de mujeres en sari y hombres de orgullosos bigotones deambulando a todas horas por los andenes.

VENTANA A LA VIDA

Alguno incluso, en un desliz de coquetería, aprovecha el espejo en que se convierten las ventanas del expreso para atusarse el peinado sin sospechar que del otro lado, a un palmo escaso, tiene un puñado de ojos pendientes de la escena. La diferencia entre el Maharajas y los convoyes con los que se cruza resulta tan abismal que uno entendería una cierta inquina de los pasajeros de a pie hacia los de esta versión asiática del Orient Express. Pero en India, también para esto, funcionan otras lógicas. Las bromas y el palique con perfectos desconocidos afloran sin buscarlos, y en cuanto entra en acción el ejército de bailarines que recibe a pie de andén a sus viajeros de postín, quienes pasaban por allí desenfundan el móvil para grabar el jolgorio y disfrutarlo, también ellos, como el que más.



MUCHOS PALACIOS
DE LOS ANTIGUOS
MAHARAJÁS HAN SIDO
RECONVERTIDOS EN
HOTELES

i VIAJAR RECOMIENDA

Combinar el Maharajas Express con algún otro destino de la India –como la bellísima región sureña de Kerala–, pero realizar antes el viaje en el tren, sobre todo si se trata de una primera visita al país. La India puede intimidar de entrada, por lo que este expreso de lujo le permite a los bolsillos más pudientes un primer contacto edulcorado con el que empezar a perderle el respeto.

CÓMO LLEGAR

Air India (airindia.in) es la única compañía que opera vuelos directos desde España hasta la India, con tres frecuencias semanales entre Madrid y Delhi y conexiones al resto del país.

MEJOR ÉPOCA

El Maharajas Express opera entre octubre y abril, evitando



Desayuno con vistas al Taj Mahal.

las temperaturas tórridas del verano en Rajastán.

ITINERARIOS

El recorrido **Treasures of India**, con tres noches a bordo y salida y llegada a Delhi, recalca por Agra para admirar el Taj Mahal, los safaris en busca de tigres por el Parque Nacional de Ranthambore y la ciudad de Jaipur. Su precio parte de unos 3.500 € por persona, incluidos el alojamiento en un camarote doble, las principales visitas a lo largo del itinerario y todas

las comidas tanto dentro como fuera del tren. Sus otras tres rutas –**Indian Panorama**, **Indian Splendour** y **Heritage of India**– abarcan a lo largo de una semana cuatro Estados, pero, principalmente, el de Rajastán. Sus precios oscilan entre los cerca de 5.500 € en las cabinas Deluxe hasta los más de 20.000 € en la suite presidencial. Además de las visitas incluidas –que los ocupantes de las cabinas más sencillas realizan en grupo y de forma privada

los huéspedes de las suites–, se pueden añadir otras opcionales.

GASTRONOMÍA

Herencia de sus viejos días de gloria, la mejor cocina del Estado principesco de Rajastán se manifiesta en los **thalis**, una gran bandeja servida para cada comensal con infinidad de platillos especiados, coloridos y de un picante no siempre apto para todos los paladares, acompañados de arroz y distintos tipos de pan, como el naan y los chapatis. En los dos coches-restaurante del Maharajas Express, aunque también se ofrecen opciones de cocina occidental, cada noche sirven especialidades de una región distinta de la India.

MÁS INFORMACIÓN

the-maharajas.com



Cada noche se prepara para la cena un menú de una región distinta de la India.